

JOSEPH ROTH

AÑOS DE HOTEL  
POSTALES DE LA EUROPA  
DE ENTREGUERRAS

SELECCIÓN DE MICHAEL HOFMANN

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN  
DE MIGUEL SÁENZ

BARCELONA 2020



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *The Hotel Years*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

de los textos en alemán © by Verlag Allert de Lange, Ámsterdam,  
Países Bajos, y Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH  
& Co. KG, Colonia, Alemania  
de la selección © 2015 by Michael Hofmann  
© de la traducción, 2020 by Miguel Sáenz Sagaseta de Ilúrdoz  
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-17346-71-3  
DEPÓSITO LEGAL: B. 3386-2020

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

<i>Mapa «La Europa de entreguerras»</i>	8
---	---

### «ENVOI»

1. Alguien lee un periódico	13
-----------------------------	----

### PRIMERA PARTE: ALEMANIA

2. De perros y hombres	17
3. Millonario por una hora	19
4. El paraguas	23
5. El barco de los emigrantes	24
6. La ciudad saneada	28
7. Viaje al Báltico	31
8. Melancolía de un tranvía en el Ruhr	36
9. El humo une a las ciudades	39
10. El invierno alemán	43
11. Magdeburgo recordada	48

### SEGUNDA PARTE: BOCETOS

12. El miembro de la hermandad	55
13. Guillaume, el negro rubio	58
14. Aventureros	61
15. La madre	65
16. Rose Gentschow	67
17. Dos jóvenes gitanas	71
18. Grock	73
19. El elegantísimo viajero	77

### TERCERA PARTE: AUSTRIA Y OTROS LUGARES

20. Brück y Királyhida	81
21. Viaje por Galitzia	84
22. La California polaca	90
23. Hotel Kopriva	97
24. La todopoderosa policía	101
25. Donde empezó la guerra mundial	106
26. La tumba abierta	110
27. Su Imperial y Real Apostólica Majestad	113

### CUARTA PARTE: URSS

28. Los emigrados zaristas	123
29. La frontera de Niegoreloye	127
30. Por el Volga hasta Astracán	131
31. Las maravillas de Astracán	141
32. El santo petróleo	146

### QUINTA PARTE: ALBANIA

33. Con el presidente Ahmed Zogu	155
34. Entrada en Albania	160
35. Tirana, la capital	164
36. El Ejército albanés	168
37. Visitantes occidentales en Barbaria	172
38. Un artículo sobre Albania	176

### SEXTA PARTE: HOTELES

39. Llegada al hotel	185
40. El conserje	190
41. El camarero anciano	196
42. El chef en la cocina	200

43. Madame Annette	205
44. El patrón	212
45. Despedida del hotel	218
46. El hotel	222

#### SÉPTIMA PARTE: LOS PLACERES Y LAS PENAS

47. Primavera	229
48. El hombre en su jaula de cristal	230
49. Gente en domingo	231
50. La oficina	235
51. La destrucción de un café	238
52. Concierto en el Volksgarten	243
53. La ciudad extraña	247
54. Viajes	252
55. «Romanticismo» del viaje	256
56. Viajar con una bella dama	262
57. Una mañana en un cruce ferroviario	266

#### OCTAVA PARTE: FINAL

58. El viejo poeta ha muerto	271
59. El Tercer Reich, filial del infierno en la tierra	272
60. Lejos del terruño	275
61. Grillparzer	279
62. El pan amargo	291
63. Licencia en Yablonovka	296

#### CODA

64. Cuna	305
----------	-----

<i>Índice</i>	307
---------------	-----

# LA EUROPA DE ENTREGUERRAS









«ENVOI»



## ALGUIEN LEE UN PERIÓDICO

El rostro de quien lee un periódico tiene una expresión seria, que unas veces se endurece hasta resultar sombría y otras se disuelve en una sonrisa. Mientras los ojos, cuyas pupilas se ven bulbosas tras los redondos cristales de las gafas, se deslizan lentamente de izquierda a derecha, los sonadores dedos del lector de periódicos se deslizan por la marmórea arenisca de la mesa del café, con un tecleto silencioso y mudo que parece una especie de lamentación, como si las yemas buscasen invisibles migas dispersas para apropiárselas con rapidez.

El lector de periódicos lleva una barba bien recortada, cuadrada y larga, que le oculta el suplemento cultural cuando lee las noticias políticas. Bajo la barba reluce una corbata violeta, ancha, cuyo nudo no puedo ver, salvo cuando el lector de periódicos se acaricia la nuez.

Pero sí puedo ver lo que el lector de periódicos está leyendo: noticias sensacionalistas de Budapest, con llamativos titulares. Se presentan de forma espaciosa, invitadora, francamente apetecible, formando compactos párrafos, cada uno de ellos precedido por otro titulillo atractivo. Como todas las noticias, se ofrecen antes de que sea posible leerlas por extenso, y prometen más de lo que terminan dando.

Sólo se las puede calificar de sensacionalistas. Hablan de billetes falsos pero no lo cuentan todo. Son escrupulosamente detalladas, pero se reservan algunos detalles. Describen la personalidad del falsificador, pero no desvelan su nombre. Hablan de «personas que ocupan altos cargos»,

pero no es posible leer cuán altos son ni dónde están. Sin embargo, precisamente lo que no se dice resulta estimulante. Las lagunas de las noticias son lo que más interesa. ¿Qué le pasa al lector de periódicos? ¿Cómo reacciona a lo que no sabe? ¿Se alegra de las falsificaciones, le indignan o también él es de Budapest? Sin duda pertenece a la gran muchedumbre de los moralmente afectados, a los que toda falsificación ajena sume en una indignación prestada. Todos los fusibles que ardían lentamente alcanzan el punto en que provocan una explosión. ¡Imperceptible, por supuesto! ¡Sin efectos palpables! Es una explosión contenida en ella misma, una implosión más bien...

En cualquier caso, es evidente que las noticias provocan un efecto en la delicada alma del lector, aunque él crea que provoca algún efecto en las noticias. Si no llevara esas grandes gafas, casi parecería que es el periódico el que lo lee. Tal vez cree que su fantasía completa lo que las noticias le cuentan a medias. Pero son esas noticias especiales las que juegan con su fantasía. Le ha encantado un inquisitivo artículo de fondo, en el que todo resulta tan luminoso que no puede menos que sentirse deslumbrado. Así que el lector se levanta ahora iluminado, más sabio y viejo, enriquecido por la experiencia. Alisa con la mano izquierda las ondas que hayan podido aparecer en su barba y se quita las gafas (por un instante, tiene ojos de ratoncito tímido). Luego abre el ataúd negro de otro estuche, se pone unas mundanas gafas oscuras y sale a la calle convenientemente protegido...

El suplemento cultural sigue escondido. Se lo deja a caracteres menos viriles que él.

Pero si un día, tranquilamente, leyera esto, aburrido y en silencio, tampoco le gustaría. Porque no escribo como a él le gusta.

PRIMERA PARTE  
ALEMANIA



## DE PERROS Y HOMBRES

Hace unos días, a las muchas escenas callejeras de la miseria de la guerra en Viena ha venido a añadirse otra:

Un hombre al que la guerra ha convertido en una escuadra rectangular—inválido, con la columna vertebral destrozada—se mueve de forma casi inexplicable por la Kärntnerstraße, vendiendo periódicos. Sobre su espalda rota, paralela a la acera, se sienta... un perro.

Es un perro inteligente y bien adiestrado, que cabalga sobre su amo y cuida de que no se le pierda ningún periódico. Una criatura de un moderno cuento de hadas: una combinación de perro y hombre, creada por la guerra y puesta por la miseria de los inválidos en el mundo de la Kärntnerstraße.

Pero es también un signo de los nuevos tiempos, en que perros cabalgan sobre hombres para protegerlos de otros hombres. Una reminiscencia de aquellos grandes tiempos en que se adiestraba a los hombres como perros y, con una simpática combinación de conceptos, los llamaban «perros cerdos»—u otras cosas parecidas—quienes eran perros sabuesos (aunque más valía no llamarlos así).

Una consecuencia del patriotismo, que hacía depender la imagen erguida de Dios de los cuadrúpedos, desprovistos de la capacidad moral que permite convertirse en héroe o en carne de cañón, y a los que como mucho podía destinarse a servicios sanitarios. En el pecho del inválido se balancea una condecoración de las tropas del emperador Carlos. Del cuello del perro cuelga una placa.

Todo el que tiene la condecoración de las tropas del emperador Carlos es una víctima. Quien tiene la placa perruna

es alguien que actúa. Protege del dolor al inválido. Le *evita* daños. La patria y sus compañeros sólo podían *causarle* daños. A ellos tiene que agradecerles que sea el perro quien lo guarde. ¡Oh, signo de los tiempos! Antes había perros pastores que cuidaban rebaños de ovejas, perros guardianes que vigilaban las casas. Hoy hay perros lazarillos que tienen que cuidar de los inválidos, perros lazarillos que son la consecuencia lógica de los hombres perros. La imagen tiene para mí la fuerza de una revelación: un perro sentado sobre un hombre. Siempre que éste recuerda lo que ocurrió cuando confiaba en los hombres se alegra de depender de ese perro. ¿Hay algo más triste que esa visión, que se ha convertido en un símbolo de la humanidad? Alrededor se pasean quienes tanto se han enriquecido con la guerra gracias a su visión de rayos-x, y en el centro hay un perro a lomos de un hombre. La raza humana ha perdido, se ha impuesto la superioridad del animal. Hemos salido airoso de esta guerra, que fue el adiós a la caballería, y gracias a ello ¡los perros montan a lomos de los hombres!

JOSEPHUS

*Der Neue Tag*, 1.º de agosto de 1919



## MILLONARIO POR UNA HORA

De vez en cuando me gusta pasar un rato en el vestíbulo del gran hotel en el que se alojan personas de países con divisas fuertes. El pardo techo artesonado se compone de preciosos paneles, y en el centro de cada panel brota una lámpara eléctrica que parece una flor de vidrio con hojas doradas.

El techo es bajo, pero amplio, como los muebles. Todo tiende de algún modo a la amplitud y al lujo. Los techos bajos parecen decir: «¡Ni te levantes, ponte cómodo!»; los amplios sillones tapizados: «¡Recuéstate, estira las piernas!».

Yo extendiendo una pierna y observo complacido la raya de mis pantalones (los únicos que tengo, pero mejor no hablar de eso). También me alegra contemplar mis zapatos relucientes a los que acaba de sacarles brillo con una suave franela el limpiabotas de Unter den Linden.

Cuando llevo sentado alrededor de un cuarto de hora y me siento importante y eufórico, empiezo a convencerme de que soy de un país con una moneda fuerte y vivo en el hotel.

El botones, que cruza el vestíbulo llevando una carta, tiene que dar un amplio rodeo para sortear mis brillantes zapatos. El botones no tiene idea de que no vivo aquí. Cuando lo llamo, se detiene ante el círculo de moneda fuerte en cuyo centro me encuentro sentado, y se quita la gorra parda, con un gesto cuidadosamente estudiado. Tiene unos ojos grandes y azules que fija admirado en mi rostro, las mejillas sonrosadas y el agradable aroma de leche de los bebés recién lavados. Desde hace ya dos años apren-

de a respetar a los adultos que vienen de países con monedas fuertes.

La blanca servilleta del camarero comienza ya a agitarse con reverencia a diez pasos de mí. El director del hotel, que recorre con la dignidad de un gran visir los exquisitos ornamentos de la alfombra de Esmirna, inclina sutilmente la cabeza cuando lo miro.

Con el tiempo, aumenta mi interés por mis colegas millonarios. Visten muy bien. Los hombres huelen a una mezcla de maleta de cuero nuevo, jabón de afeitar inglés y carbón. Las mujeres difunden por la sala suaves notas de perfume ruso: es un aroma agridulce que, antes de desaparecer, me produce un cosquilleo en las ventanas de la nariz.

Los millonarios son maestros en el arte de posar. Los jóvenes llevan gabardina de color vainilla con cinturón de discreta hebilla mate. Los sombreros son casi siempre de color gris claro y tienen en el centro un pliegue ligero, muy ligero, como casual. Estos jóvenes millonarios también llevan guantes blancos y botines marrones o caoba, y cuando se sientan levantan un poquito el pantalón para que se vean sus calcetines de seda.

Los millonarios viejos, por su parte, no parecen darse cuenta de que ha llegado la primavera. Lo que les preocupa no es cuánto suben las temperaturas, sino cuánto suben las acciones. Llevan siempre abrigo de invierno y guantes de piel, y mantienen en la boca sus cigarros recién cortados, expectantes, hasta que acude presto algún camarero de frac frotando un oportuno fósforo en el esmeril de la cajita.

He llegado a conocer a algunos de los que viven aquí: a un hombre con patillas que parece un senador de Hamburgo (a juzgar por el modo en que pronuncia las «s»). Negocia interminablemente con un joven que lleva su discreto cinturón de hebilla mate. Hablan del petróleo. Al parecer,

el joven es polaco. Tiene listo un documento en el bolsillo del pecho, que señala con énfasis de vez en cuando, y al hacerlo el anciano de las patillas se calla de repente y mira compungido al joven.

Tras una columna, un mulato se apoya en una silla de mimbre. Fuma un oloroso cigarrillo turco y negocia con un vividor de edad imprecisa que parece creerse una estrella de cine y lleva unos guantes de un color amarillo canario tan intenso que casi me parece oírlos piar. Sólo lleva puesto el guante derecho; el izquierdo yace abandonado como si tal en la mesa de mármol. De repente, el vividor se levanta y se despide del mulato haciendo un gesto amistoso con el guante izquierdo, como si estuviera en un andén ante un tren a punto de partir. Diría que ha tomado el pelo al mulato. No hay que fiarse de los que llevan guantes amarillo canario.

En el vestíbulo del hotel se ofrece desde cocaína y azúcar hasta sistemas políticos, golpes de Estado y mujeres. Un príncipe ruso considera la conquista de Kronstadt. Un comerciante de alfombras negocia entregas con un individuo que se ha convertido en «señor» recientemente. Un abogado recibe media docena de pasaportes de una familia rusa. «Lo lograremos», parece querer decir con un parpadeo. Se ajusta los quevedos en la nariz y cierra con súbita decisión la cartera. Se inclina tres veces, alejándose de cara al patriarca ruso, que lo despide paternalmente.

A las cinco, la orquesta toca en el salón *Peer Gynt*. Los millonarios aparcan sus negocios y se reúnen con sus mujeres. Las millonarias toman café, saborean helado y mordisquean pastas, todo ello con el meñique de la mano derecha bien estirado, como si fuera un órgano especialmente sagrado que jamás debiera rozar ninguna taza.

Cuando dejo el hotel, ante la puerta giratoria está el por-

ALEMANIA

tero, dispuesto a saludarme, tan tieso como un tenedor parlante. El monograma de su propietario le adorna el pecho y la cabeza. Un chofer me pregunta si quiero que me lleve a algún lado. No quiero.

Ya no soy millonario.

*Neue Berliner Zeitung –  
12-Uhr-Blatt, 1.º de abril de 1921*

## EL PARAGUAS

Anteayer por la noche llovió. El asfalto de la Kurfürstendamm estaba resbaladizo y una mujer cruzó corriendo la calle con el paraguas abierto, se tropezó, pasó un coche y la atropelló. Su paraguas quedó abandonado en el pavimento; la gente corrió hacia el lugar del accidente para socorrerla. Que no le había pasado nada sólo se supo una vez pudieron llevarla al café. Pero, antes de saberlo, mientras aún yacía en el suelo, ensangrentada en la imaginación de todos los transeúntes que habían presenciado el accidente, y quizá hasta amputada, un hombre tuvo presencia de ánimo suficiente para recoger el paraguas de la mujer accidentada y robárselo. Nunca había creído que la bondad de la gente pudiera superar su egoísmo. Pero el incidente del paraguas me convenció de que la bajeza es más grande aún que la curiosidad, y de que no es difícil quitar a un moribundo la almohada y malvender las plumas en la primera esquina.

En cualquier caso la mujer, que había salido ilesa, lloró la pérdida del paraguas sin alegrarse de haber tenido la suerte de conservar los miembros. Como puede verse, hay dos tipos de personas: malvadas o estúpidas.

*Neue Berliner Zeitung –  
12-Uhr-Blatt, 31 de mayo de 1921*